

CARICATURA

1ra. Edición 1990

Este libro se publica con la colaboración de la Fundación Friedrich Ebert, de la República Federal de Alemania.

Derechos reservados por CIESPAL.
La producción total o parcial no puede hacerse sin autorización.

Impreso: Editorial QUIPUS

Quito - Ecuador

INDICE

¡Conócete a tí mismo!.- Simón Espinosa	5
Lista de participantes	9
Intervención del Ministro de Educación y Cultura, Dr. Iván Gallegos Domínguez	13
Intervención del Dr. Peter Schenkel, Representante de la Fundación Friedrich Ebert	15
Nuevas técnicas en caricatura.- Renán Lurie (EE.UU.)	19
La caricatura en México.- Helio Flores ("El Universal" México-México)	33
La caricatura en Argentina.- Roberto Fontanarrosa (Diario "El Clarín" Rosario-Argentina)	45
La caricatura en Venezuela.- Pedro León Zapata (Diario "El Nacional" Caracas-Venezuela)	67
La caricatura en Chile.- Hernán Vidal Martínez (Hervi) (Diario "La Epoca" Santiago-Chile)	81
La caricatura en Argentina.- Hermenegildo Sábat (Diario "El Clarín" Buenos Aires - Argentina)	95
La caricatura en Costa Rica.- Oscar Sierra (Oki) ("La Pluma Sonriente" San José-Costa Rica)	105

La caricatura en Panamá.- Fernando Peña Morán (Diario "Crítica" Panamá-Panamá)	113
La caricatura en Ecuador.- Asdrúbal de la Torre (Diario "Hoy" Quito-Ecuador),	119
Otra experiencia en Ecuador.- Roque Maldonado (Diario "El Comercio" Quito-Ecuador)	129
La caricatura en Nicaragua.- Roger Sánchez ("La Semana Cómica" Managua-Nicaragua)	137
La caricatura en Colombia.- Héctor Osuna (Diario "El Espectador" Bogotá-Colombia)	145
Más Autocaricaturas	155
Caricaturas de otros participantes	159

La caricatura en Venezuela



Pedro León Zapata

DIARIO "EL NACIONAL"
CARACAS - VENEZUELA

Yo creo que el humorismo es como un defecto físico. Nace con los desafortunados que no pueden decir ni entender las cosas como las dice y las entiende el resto de la gente.

No es que el humorista sea una persona —como algunos creen— que hace esfuerzos denodados por hacer reír a los demás, o que sea una persona que está desesperada por ser simpática o por caer en gracia, sino que tiene el infortunio de no poder ser de otro modo, de que en el momento menos indicado, cuando más lo puede perjudicar, sale con un comentario que resulta auténticamente desastroso.

Justamente eso que ha estado usted diciendo ahora respecto a la situación por la que atraviesa Ecuador —que no es Ecuador nada más, sino una gran cantidad de países latinoamericanos— cuando lo ven los humoristas, dicen, como decimos en Venezuela, “lo bueno que tiene esto, es lo malo que se está poniendo” porque no hay nada tan bueno para el humorista como lo malo, pues, el humorismo viene de las desdichas de la gente, de las desdichas de los demás y hasta de las desdichas del propio humorismo. Tal vez por eso el tema más ocurrido de algunos humoristas, sea el gobierno que generalmente es la desdicha máxima. Si uno se pone a comentar lo que más le duele a la gente, lo lógico es que se preocupe fundamentalmente por esa cosa a la que a veces tiene que soportar 5 años, a veces 4, a veces 6 y a veces toda la vida que también se ha dado el caso, como todos los presentes saben y otras veces, toda la muerte . . .

Es difícil que uno mantenga esa posición crítica que se supone debe conservar permanentemente el humorista, porque hasta el gobierno más torpe sabe perfectamente que existe una cosa que se llama “las relaciones públicas” y que si uno se gana al enemigo es muchísimo mejor que andarlo persiguiendo por ahí, gastando dinero, en todo lo que significa una persecución. Es mejor tenerlo del lado de uno y tratar de ganárselo de algún modo.

Cuando se habla de las dictaduras y de la inexistencia del verdadero humor político en dichas épocas, tienen razón porque realmente quien necesita el humor político es la democracia . . . simplemente porque así como el humorista no puede vivir sin gobierno, en la democracia el gobierno no puede vivir sin humoristas. La necesidad que se tienen es muy grande. Los gobiernos democráticos no podrían ser democráticos si no hubiera oposición y, cuando no existe, la crean, la mantienen y la pagan porque tienen que tener oposición para poder ser democráticos. La caricatura es una de las formas de oposición más consecuente posiblemente menos peligrosas que existen. Y es por esta razón que creo que si los caricaturistas no existiéramos, los gobiernos democráticos nos darían un sueldo para que nos dedicáramos a hacer caricaturas porque no hay nada que justifique más la condición democrática de un gobierno que la libertad con que un caricaturista se expresa, cosa que lo desanima a uno enormemente porque uno dice, ¡caramba! si me dan tantas libertades, si lo que estoy haciendo ya no tiene ninguna gracia, entonces no vale la pena seguir haciéndolo y más bien me dedico a hacer dibujo de señoras elegantes para que ellas lo pongan en su casa. ¿No ven que casi, casi se convierte en algo inútil la caricatura política cuando la manipulan de ese modo? . . .

Me acordé en este momento que entre las cosas más importantes que debía ofrecer un candidato al pueblo venezolano, estaba una que yo llamaba la democratización de la corrupción. Ustedes han visto que generalmente la corrupción siempre está en manos de una clase muy exclusiva, de muy pocas manos en realidad. La corrupción no nos llega a todos sino únicamente a algunos elegidos, a algunos privilegiados y a algunos oligarcas que son los que la practican. ¿Y el pueblo? Propiamente no tiene acceso a ella . . . Esa proposición que yo hacía, la democratización de la corrupción, gustó tanto que el Presidente de la República de Venezuela, el doctor Jaime Lusinchi, con mucho humor, me decía un día: “es lo mejor que has hecho en ese programa”, y se quedó pensando un rato y dijo, “lamentablemente eso ya lo hicimos” . . . ¡Es decir que yo estaba perdiendo el tiempo proponiendo eso! porque los sucesivos gobiernos que ha habido en Venezuela, y puede decirse lo mismo en muchos otros sitios, se han encargado si no de democratizar verdaderamente la corrupción, al menos de entenderla de una manera tan notable que ya una serie de cosas que antes eran pecado hoy pasan como las más normales. Como ocurre con el 007, que hubo una época en que ser espía era muy feo, hasta que la CIA se encargó de demostrarnos que es una cosa bellísima, magnífica y digna de todo reconocimiento. El 007 es una perso-

na que tiene todavía enloquecida a la mitad de la humanidad porque en la otra mitad no las ven . . . Entonces, si los defectos van poco a poco volviéndose cualidades, si uno insensiblemente va sumándose a la corrupción generalizada, el problema del caricaturista se torna cada vez más enredado . . .

¿Qué es lo más importante que hay en una caricatura política? ¿Lo más importante de la caricatura será el dibujo? ¿Será la palabra? o ¿la palabra y el dibujo, como se discutiría aquí ayer? ¿Será la intención? ¿Será el humor más importante que la propia intención política? ¿Será el conocimiento que del momento que se está viviendo tiene el autor? ¿Qué es lo más importante de una caricatura? Yo creo que lo más importante de una caricatura es el autor. Lo que uno debe cuidar más en todo el trabajo que uno realiza es uno mismo. Sin ponerse tampoco como un anacoreta o como alguien en proceso de autosantificación, sin necesidad de estar haciendo ayunos ni de llegar a muchos sacrificios, ni de practicar aquellas disciplinas que tanto se usaron en otras épocas, uno con que sea limpio y honesto ya tiene la mitad de la caricatura bastante bien resuelta. Entender lo que ocurre todos los días y comentarlo de una manera que lo deje a uno contento al sentir que lo que ha hecho puede ser útil a los demás —los demás son la gran mayoría y de ninguna manera dos o tres—. Sólo se puede lograr cuando uno es una persona constituida de tal manera que lo primero que le salga cuando piensa sea siempre lo mejor. Cuando uno necesita pensar mucho para que las cosas que comente sean las más apropiadas, es porque alguna falla tiene uno, porque le debería salir solo, como al santo que lo primero que le sale es ¡Dios mío! en cualquier momento en que ocurre alguna desgracia, sin andar pensándolo mucho porque es santo.

Exactamente el caricaturista no es un santo, pero puede aprender de ellos por lo menos en su estrategia, porque si alguien es verdaderamente ágil, vivo y estratega en su comportamiento, es el santo, ya que la santidad es una forma de engañar a Dios. Y eso no es fácil. Mantener oculto todo lo que Freud le metió a uno dentro del alma para que ni Dios lo vea, es algo que demuestra que quien lo logra se merece el cielo . . . De modo que yo creo que si nosotros aprendemos de ellos, esa espontaneidad, esa forma tan verdaderamente relampagueante, esa reacción del santo dando siempre exactamente en el clavo y diciendo y haciendo justamente lo que le complace a Dios, nosotros, sin buscar complacer a nadie, lógicamente —NADIE con mayúsculas sería porque en este caso nadie es Dios, lo cual es una blasfemia más— sin proponernos eso deberíamos entender y creo que los que

estamos aquí así lo hacemos que mientras mejores seamos nosotros, así serán nuestras caricaturas y nuestro trabajo.

La improvisación es nuestro verdadero lado flaco y creo que Lurie lo descubrió inmediatamente . . . me refiero a todos nuestros lados flacos. Bueno, uno tiene que decir a veces cosas medio comprometedoras, no para uno sino para aquel de quien uno lo está diciendo . . .

Cuando yo comencé a trabajar en el Diario El Nacional de Caracas, me encontré con una buena cantidad de problemas. Por un lado hubo la dificultad referente al estilo de la forma de humor que yo hacía, que no encajaba, por no parecerse a nada de lo que anteriormente se había empleado para hacer caricatura política editorial en los periódicos venezolanos. Por otro lado, hubo una contradicción entre la manera como yo enfocaba los problemas, la claridad con que decía ciertas cosas y el modo en que el periódico lo hacía. El diario El Nacional, en aquella época encontraba lo mío como un exabrupto y el lector también, no porque le disgustara, le gustaba mucho, pero decía, ¿qué tiene que ver esto con el resto del periódico? . . . se parece muy poco a la posición que el periódico plantea y el lenguaje no es el mismo.

Tuve algunos inconvenientes de rechazo de caricaturas, pero afortunadamente mi falta de comprensión del mundo en que vivo, me ayudó también en eso: yo nunca he entendido —por limitaciones propias de mi condición— que, si por ejemplo, a uno no le publican una caricatura debido a lo fuerte que es, la siguiente que uno haga deba ser más débil, porque si uno va cediendo y va haciéndola cada vez más débil, ésta se vuelve a la larga más publicable . . . Yo, esto no lo he entendido nunca, como digo, por una limitación que tengo; por eso, cuando me rehusaban una caricatura por considerarla demasiado agresiva, yo al día siguientes les llevaba una más violenta todavía, así entonces publicaban la rechazada del día anterior, porque dejar de sacar el dibujo dos días seguidos era también un poco exagerado. Entre las caricaturas que recuerdo en este momento, que fueron censuradas durante varios días y, después, al fin publicadas, hay una en la que aparece el doctor Rafael Caldera, máximo representante social cristiano de la Democracia Cristiana de nuestro país, que fue Presidente de Venezuela, quien, naturalmente, tenía que haberse contentado mucho en aquella época a la que me refiero por el triunfo de Frei en Chile, que era también social cristiano. Todos ellos estaban contentísimos porque uno de los suyos había ganado

las elecciones en Chile, lo cual representaba mucho también para los social cristianos venezolanos ya que decían que así mismo ellos podrían ganar las elecciones, y que al elector se le estaba haciendo ya la idea de que podían haber presidentes social cristianos. Yo hice una caricatura donde aparecía la cara del doctor Caldera con un hueco en la cabeza, en cuyo interior tenía un palo con una pancarta que decía "Frei", y abajo decía "un caso Frei-diano". No la publicaron. Yo no veo por qué, pues era una caricatura en realidad. Pero la consideraron irrespetuosa, porque era una personalidad muy destacada a la que se le estaba pintando con un hueco en la cabeza. Quién sabe por qué razones, por fin después de cuatro días la publicaron. Con el tiempo, tanto ésta como otras que yo hice que fueron rechazadas y posteriormente —o nunca— publicadas han sido superadas en su agresividad por las caricaturas que yo he hecho después.

Creo que en mi trabajo como caricaturista, cada vez me expreso con mayor libertad, cada vez digo más claramente lo que pienso. Cada vez empleo menos la autocensura y cada vez soy menos susceptible a la censura de los demás. Afortunadamente, el periódico, en lo inflexible que era al principio, hoy es lo suficientemente amplio, y me obliga a una cosa que de verdad no me gusta: hablar bien de los patrones. Que una persona que trabaje en un periódico hable bien de los dueños y de su director, es feísimo y crea una mala impresión en quien escucha; ¡quién sabe qué se le ocurra respecto a la baja condición que uno tiene! Pero la verdad es que yo tengo que hablar bien de ellos porque en este aspecto, por lo menos (el económico siempre mal) como todo el mundo sabe por su propia experiencia, digo, en este campo yo he tenido un margen considerable de libertad.

El gobierno venezolano es un gobierno democrático, desde hace ya bastante tiempo. El tiempo que tengo yo de caricaturista así lo ha sido. Pero no vayan a creer que estoy tratando de decir que el gobierno es democrático porque yo soy caricaturista, sino que, al revés: soy caricaturista porque el gobierno es democrático, que es muy distinto y puedo decir lo que digo porque el gobierno lo permite, cosa que no le agradezco, pues considero que es su obligación, por otra parte, y que ni siquiera me llama la atención porque me parece lo más normal del mundo que a uno le permitan expresar sus ideas, sin embargo como hay países en donde no lo permiten, entonces sí considero que es oportuno decir —porque forma parte de la obligación que uno tiene de decir la verdad— que en Venezuela el margen de libertad que hay en el campo del periodismo es lo suficientemente amplio, al punto de que un caricaturista, relativamente honesto, co-

mo yo, así lo reconoce públicamente. Sin esa libertad imprescindible, no puede haber verdadera caricatura.

Uno de los problemas más grandes, si no el más grande con que nos encontramos en el campo del periodismo, y en nuestro campo particularmente es el margen de libertad que hay. Para dibujar en un país extraño, lo que uno primero pregunta es ¿hasta dónde puedo llegar? por temor a sobrepasar la línea de la libertad permitida; ¡claro! uno no se somete espontáneamente; lo que es tan diferente —que aunque esté mal que lo diga en su ausencia— a lo que planteaba Lurie, cuando dice que trabaja con un equipo . . . un equipo que le pone los límites, que lo mete a uno en el túnel por donde se debe ir para que la caricatura salga como debe ser, de acuerdo con las exigencias de todo un lote de personas que están todo el tiempo trabajando en eso y para eso, sin permitirle esa libertad que, por otra parte, da la impresión que él no solicita.

Es conveniente señalar que el caricaturista, y ustedes lo saben muy bien, es tan artista y tan creador como cualquier otra persona que hace un arte plástico en el que, además, el contenido ideológico juega un papel importantísimo.

Aquí vale la pena poner un ejemplo respecto a lo de que el caricaturista debe convencer dentro de un solo dibujo, lo que a veces el que escribe tiene que desarrollar en todo un artículo.

En ocasiones ocurre que uno ve un artículo escrito por un periodista de análisis económico o político y descubre que allí está su caricatura del día anterior, entonces uno dice “pero si este tipo lo que hizo fue una caricatura mía: la estiró con literatura, o con gramática, y la convirtió en un artículo”, llevando a cabo el proceso inverso a lo que realizó el dibujante. Es decir, uno piensa un montón de ideas y las va metiendo en un embudo para sacarlas convertidas en un solo símbolo, en una sola caricatura. El periodista al que me refiero, a su manera plagario, lo que hace es invertir el embudo y volver, otra vez, a convertir en un montón de palabras, lo que uno había condensado en una sola frase. De ese modo cree que está inventando, cuando, en realidad, quien debía realizar ese proceso era el lector. Hay lectores tan malvados que dicen: esa caricatura que hiciste me gustó mucho, y por razones que, seguramente, a tí te extrañarían: Es que yo vi en ella gran cantidad de cosas de contenido ideológico, que tú, naturalmente, ni pensaste cuando la hiciste . . .

Le adjudican a uno el papel de ente no pensante que ha echado una especie de materia prima para que el que sí puede pensar lo haga . . . y no se da cuenta de que lo que está haciendo es abrir el abanico que uno cerró en la punta de esa caricatura. Yo pienso que el papel más importante del caricaturista es condensar en una sola imagen una gran cantidad de ideas que los lectores vuelven a desplegarlas dentro de ellos. Es una especie de microfilm que al abrirlo da toda la gama de lo que uno estaba pensando.

El caricaturista es muy peligroso; digo, y los políticos incurren en un gravísimo error cuando se consideran ofendidos por él. Un caricaturista nunca ofende a un político por más empeño que ponga al dibujarlo porque la verdadera ofensa consiste en no dibujarlo. Para un político, decía Winston Churchill —que de eso sabía bastante— la labor del caricaturista es importantísima. Podríamos agregar: un político sin caricatura, no llega a ninguna parte. Cuando surge un nuevo político y todavía no se ha creado el logotipo de su figura, el hombre está desamparado porque la gente no tiene en la cabeza ese distintivo mediante el cual se hace presente todos los días en la prensa; cuando al fin se crea ese logotipo, entonces todos los demás caricaturistas descubren que “el rey está desnudo”, que tiene los pies grandes, que es barrigón, que es narizón, en fin, descubren cómo es el tipo, y eso es algo que la gente no lo sabe hasta que el caricaturista lo dice.

Si a un político no se le dibuja nunca, es porque de verdad hay una auténtica animadversión y enemistad hacia él. Pero, de todos modos, la caricatura cumple un papel importantísimo para los políticos aún en contra de su voluntad. Si alguno se molesta por una caricatura, casi siempre es un político mediocre, pues los no mediocres consideran que la fama, aunque difamante si se publica con su imagen, lo beneficia. Ahora, el esfuerzo que hacen consiste en ganarse al caricaturista y el del caricaturista en no dejarse ganar.

Uno puede ir a recibir un premio que a veces es en metálico, pero al mismo tiempo debe conservar por dentro lo verdaderamente inajenable de un caricaturista, de un humorista, porque sino entonces deja de serlo; y en lugar de reirse de los demás, se convierte en motivo de risa de los otros al pasarse al bando contrario que lo absorbió y se lo llevó para allá. Todos hemos conocido humoristas de quienes escuchamos decir “él empezó muy bien, pero después fue . . . como enrareciéndose . . . y se acabó, se desintedró”. Pero uno que lo ve viviendo en una gran casa, con grandes automóviles dice: ¡Cómo

que se desintegró, el tipo está viviendo de lo mejor . . . el desintegrado soy yo!" Lo que pasó con él fue que se convirtió en tema de humor y el tema de humor de ninguna manera puede seguir haciendo humor, porque el humor sale enormemente débil al hacerlo en contra de gente que es igualita a uno o que uno es igualito a ella. Por esa razón hablaba de esa especie de santidad, que inevitablemente conviene que todos los que practicamos el humor, y en general, todo el que practique periodismo, mantengamos en nuestra vida. En eso creo que sí debemos ser sumamente cuidadosos y saber muy bien en lo que estamos involucrados, para no salirnos de ahí, y poder determinar cuando algo es maniobra del enemigo y cuando no lo es.

Fontanarrosa: Bueno, a propósito de este tema del compromiso, a mí me ronda una inquietud: ciertamente yo no milito en ningún grupo político pero creo que, aún si estuviera haciéndolo, no me parecería conveniente manifestar eso en el trabajo porque creo que condiciona mucho al lector; lo veo en el caso de un gran amigo nuestro, excelente humorista, que sin ser militante, es peronista, y lo pienso porque a mí a veces me preguntan a qué línea pertenezco, o eso que te preguntan antes de las elecciones: y usted a quién va a votar. A mí me parece muy bien este amigo mío peronista manifieste permanentemente su condición, sin embargo, lo que me planteo como duda personal es si eso incidirá o no en la eficacia del chiste, o si creará en el lector un prejuicio ante la cosa, que le haga pensar "ah, este dice eso porque él está en tal o cual situación"; no sé, es una duda. No te lo planteo personalmente a vos; por ahí lo pregunto como en líneas generales.

Roque: Yo he tenido ese problema con mucha frecuencia en la caricatura política nacional. Tengo amigos de todo lado que con bastante frecuencia me han propuesto afiliarme a algún partido político, pero yo siempre me he negado. Me identifico con muchas ideas democráticas pero más voy a hacer por la democracia luchando que comprometiéndome con un partido y así me he salido de toda esta posibilidad . . . creo que es la única solución que podría dar.

Osuna: Yo he tenido una larga experiencia en ese campo en Colombia, que tiene una democracia de largo trayecto y frecuentes elecciones presidenciales, de modo que forzosamente uno se ve comprometido a no negar la opinión.

Desde luego, uno no hace humor a favor, porque es de mal gusto, pero al hacer en contra, en el momento en que están polarizadas las opiniones, queda uno radicalmente colocado en un bando. Eso,

como dice Fontanarrosa, le debilita, en cierta forma, la fuerza de la opinión en tanto que se la ve comprometida en algo. La alternativa sería negar la opinión . . . que tampoco me parece viable, o esconderse en tiempo de campaña, lo cual restaría mucho trabajo y quizá el más interesante ¿no?

Yo he resuelto eso de una manera un poco insolente —y creo que tengo acostumbrado a mi público a eso—: en lo político no ser estrictamente coherente. Ciertamente, en las campañas hay que tomar alguna posición, sin afiliación política, ni alineamiento tan exacto; y sin mostrar oportunismo, tampoco. Pero uno tiene que medir no solamente su conciencia sino también la imagen que brinda al público. Esa es la forma como yo he resuelto aunque se me tiene por coherente, sin embargo, es una forma un tanto insolente de resolver ese problema que de todas maneras existe.

Sábat: Creo que en nuestros casos hay que hacer una diferencia también, y en nuestros casos, se milite o no se milite, nosotros hacemos un trabajo diario en el cual estamos rubricando con nuestra firma y nuestro nombre lo que hacemos, lo cual involucra un grado de responsabilidad, pero eso no significa que nosotros estemos votando públicamente todos los días, aunque de algún modo así lo sea.

Ahora bien, no se puede ser juez de los semejantes ni esperar una gratificación multitudinaria de nuestro trabajo. Yo comprendo lo que dice Roberto, en el entorno que nosotros vivimos. Nosotros en la Argentina hemos vivido tantos años en un ambiente que se fue haciendo con mucha paciencia. Por un lado, la persuasión de los que querían que pensasen como ellos y por otro la nada meritosa actitud de la gente que prefería no opinar, y, mucho menos, discrepar, lo cual ha llevado a que la gente no sea sincera o que tenga miedo de expresar lo que piensa; efectivamente, hay muy poca gente que es capaz de decir exactamente su pensamiento pero, insisto, en nuestro trabajo, como sea lo hacemos y ponemos nuestros nombres . . .

Zapata: Yo me voy a referir a lo que dijo Fontanarrosa. Yo creo que lo que él plantea no es como lo han enfocado ustedes, porque ustedes hablan de cómo ven el problema como caricaturistas y cómo se defienden ustedes de esa situación, pero lo que él pregunta es si ante el público no desmerece, no se debilita el mensaje, cuando el lector siente que quien está dibujando y opinando lo hace de ese modo porque tiene compromisos políticos determinados.

Afortunadamente aquí a nadie se le ha ocurrido —ni siquiera intentar— definir lo que es el humorismo, porque si aquí se llegara a definir lo que es el humorismo, pasaría lo que dice Einstein, que pasaría si se superara la velocidad de la luz: se acabaría el universo. Y no nos conviene a nosotros semejante negocio porque nos perjudicaría también a nosotros; el humorismo no se puede definir pero, por lo menos observar algunas de las características predominantes en los humoristas. Posiblemente una de estas características sea el escepticismo.

Ser humorista es una de las formas más brillantes que existen de no creer en nada; por esta razón, cuando una persona demuestra a través de su trabajo que cree en algo y es humorista, se debilita, porque la gente dice: ¿cómo puede ser humorista y estar creyendo en eso que, sin ser humorista, ni yo ni nadie cree?

Todos recordamos un poema de Nicolás Guillén, en donde dice: "Stalin capitán a quien Changó proteja y a quien proteja Ochún". A lo mejor a Nicolás Guillén no le gustaría oír en este momento, ese poema dicho por nadie. O el de Neruda: "en tres habitaciones del viejo Kremlin vive un hombre José Stalin / tarde se apaga la luz de su cuarto / y resulta se apaga tarde / pero de todas maneras surge de nuevo la luz / y surge demostrando que está limpio". Esos son poemas comprometidos, militantes, que no solamente se debilitaron en el momento en que salieron por el solo hecho de ser militantes, sino que con el tiempo se convirtieron exactamente en lo contrario que el poeta quería decir: en algo que en lugar de beneficiar a su causa la perjudicaba, que en lugar de favorecer a Neruda o a Guillén, los lesionaba. Si tenemos esa experiencia anterior, si hemos visto cómo Daumier tiene caricaturas antifeministas como para hacer un libro —y son extraordinarias, como lo eran todas las caricaturas de Daumier— pero cuando uno ve su antifeminismo, la única justificación que se encuentra es que fueron de mediados del siglo pasado. Sin embargo, uno no puede entender que en una causa tan idiota como es el antifeminismo, se comprometa de esa manera alguien como Daumier, que de idiota no tenía absolutamente nada. Yo creo que cualquier compromiso, a favor o en contra incluso —cuando uno está en contra significa que se está a favor de otra causa al mismo tiempo—, produce una debilidad para el humorista, porque la fe y el humorismo son dos cosas que no se llevan. Uno no puede estar rezando e intercalándole chistes a Dios en el Padre Nuestro, al mismo tiempo. Realmente, no conviene: Padre Nuestro que estás en los cielos . . . y uno dice: bueno, se supone . . . ¡No! Es "Padre

nuestro que estás en los cielos” porque esa es la fe; el humorismo es otra cosa completamente distinta; el humorismo no tiene fe.

Oscar Sierra: Bueno, yo difiero un poco de lo que acaba de anotar el maestro Zapata, respecto a que el humorista, para hacer buen humor no tiene que creer en nada. Yo creo que un humorista mientras más convicción tiene de lo que quiere transmitir, mejor lo hace ¿verdad?

Ahora, en cuanto a esto del compromiso, yo creo que uno como caricaturista tiene que tener un compromiso personal, ideológico. De todos modos uno hace una labor ideológica, está sembrando opiniones, está dando una visión del mundo que el común de la gente quizás no tenga la capacidad de apreciar. Entonces, si asumimos un compromiso humanista o moralista —como decía Zapata hace un momento que para ser un buen caricaturista, uno tiene que ser limpio, tiene que ser como un santo— porque cuando uno tiene las cosas claras y cree en algo, es cuando mejor transmite un mensaje. Si no con una visión un poco etérea, no lo va a hacer muy bien.

Zapata: Bueno, lo que yo he dicho en relación a que el humorista debe ser escéptico, es un dogma; el hecho de que tú no creas en él demuestra que el humorista es escéptico . . .

Moderador: Bueno, tenemos una interesante charla sobre el compromiso del caricaturista. Creo que nos gustaría oír un poco más Pedro León, yo me perdí un poco de lo que Fontanarrosa dijo al respecto de la pertenencia o no partidaria pero ¿qué dices respecto del compromiso de éste que nos ha planteado el compañero de Costa Rica?

Fontanarrosa: Mira, yo hice una pregunta porque no tenía en claro la cuestión del compromiso. Yo lo interpreto como una responsabilidad frente a mí mismo de hacer un trabajo bien hecho. Un poco lo que decía Menchi: quien firma el dibujo es uno y hay que hacerse responsable de eso. Por eso yo creo que el único compromiso que tengo es, no con la publicación para la cual trabajo, sino con el público que lee esa publicación. A mí me ha resultado importante saber que yo no trabajo para el Diario El Clarín, sino que lo hago para los lectores de ese diario. Además está el amor propio, es decir: bueno yo tengo este espacio, me lo han dado, me lo he ganado —o alguien lo ha perdido— y lo tengo que justificar, lo tengo que defender y quiero tener cierta tranquilidad cuando me voy a dormir, y decir: “no sé si lo que hice estuvo bien o estuvo mal, pero es, al menos, lo que pienso. Y es lo mejor que puedo dar”. Ese es el compromiso

mío. Y también comparto, de cierta forma, lo que dice Zapata, de procurar estar de este lado, del lado de la gente.